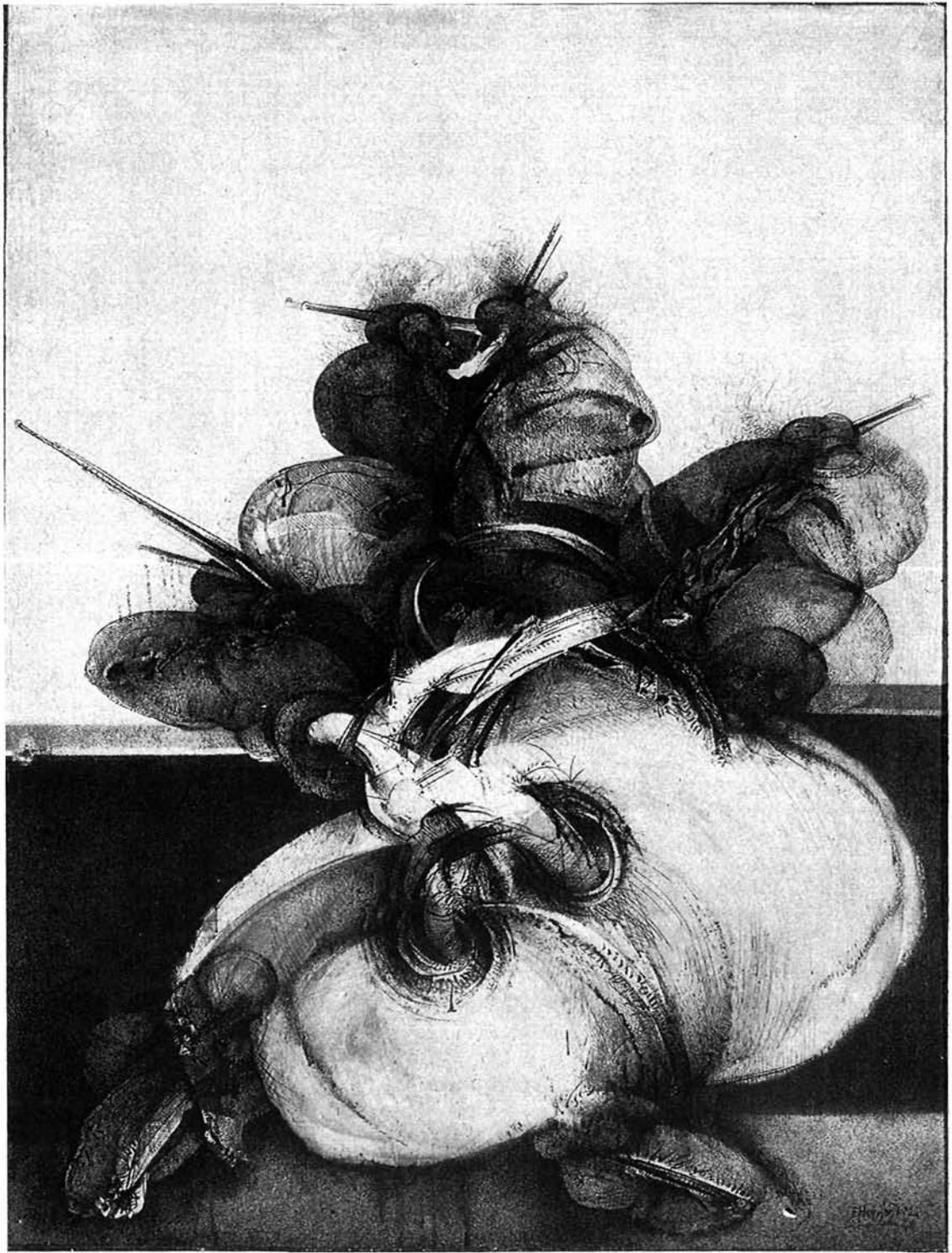


SENÉN UBIÑA: *Integración con forma metálica*



FRANCISCO HERNÁNDEZ: *Dibujo*

Si en el camino del estilo nos encontramos ante un nuevo materialismo fantástico, que hunde sus raíces en viejas técnicas de la pintura y del grabado e incluso de la orfebrería, en cuanto al tema, estas obras se acercan a una poco explorada parcela del arte popular, la que comporta una referencia al miedo como forma de expresión artística. Casi no es necesario preguntarse a qué se refieren estas protuberancias amenazadoras, estas bocas de caverna, estas tremendas dentaduras, surgidas de una zoología del miedo, de una geografía del espanto.

Las escultopinturas de Gómez Raba semejan a veces barriles que parecen guardar cóleras y desdichas, toneles como báratros, de los que nadie conoce el fondo; otras veces las formas son como montañas que se abren, en hendiduras inexplicables, grietas por las que la mirada cae hasta no se sabe dónde. Todos los temores se enumeran y se convocan en un extraño repertorio; son miedos cobijados en viejas estancias, indescifrables, miedos urbanos, de calles vacías, habitadas de sombras, temores de la tierra, del bosque y el páramo, supersticiones de la colina y el valle, pánicos del mar, ancestrales imágenes del animal que tragó el barco, del habitante de la tormenta, de los dientes que emergen desde ignoradas profundidades.

Pero también estas formas, estas amenazas protuberantes, pueden pertenecer a una arquitectura que surge de otro rigor, de otro propósito constructivo; de otra necesidad, casas y fortalezas, que no sabemos dónde se elevan, pero en las que presentimos que ocurren cosas terribles. Estas son las maquetas de lo desconocido, los prototipos de un temor sin determinación y sin nombre, los rastros de un sentimiento dilatado, de angustiada inseguridad.

También pueden ser los instrumentos musicales de un insospechado apocalipsis, los tubos de órganos que llaman a juicio, los teclados en los que la providencia instaura definitivos acordes. Toda una remota tradición de la música catastrófica puede silbar, sin ruido, en estas oquedades, y encontrar en ellas sus más singulares resonancias.

Lo que es evidente, al margen de una investigación de posibles significados, es que con estas obras, al mismo tiempo llenas de la evidencia y la certeza de su propia materia y definidas por la fantasía que las rodea y las convoca, nos encontramos ante una página característica de nuestro arte contemporáneo, en la que la temática, el género, la forma, el estilo y la tendencia se conjugan y armonizan para proporcionarnos una viva experiencia, y un turbador despliegue de imágenes, por ello la exposición de Gómez Raba en el Museo Español de Arte Contemporáneo puede ser una convocatoria de nue-

vos adeptos a su arte, o una oportunidad de que se definan contradictores; lo que nadie puede negar es el carácter de espectáculo apasionante que ofrece.

FRANCISCO HERNÁNDEZ, LOS SUEÑOS NO TIENEN POR QUÉ NECESARIAMENTE SERLO

Francisco Hernández, dibujante de prodigiosa maestría, venía inquietándonos desde hace tiempo con sus representaciones abstractas, cargadas de tensión y de significado, en las que se encontraban, por un lado, una amplia vocación surrealista, y por otro, un deseo de reinventar formas no concretas que produjeran amplios repertorios de sensaciones.

Ahora el Museo Español de Arte Contemporáneo agrupa la obra más reciente de este artista con otras tres experiencias expresivas: Canogar, el grabado inglés contemporáneo, y Doroteo Arnaiz, y nos presenta una exposición que revela la mayoría de edad de una de las figuras de nuestro dibujo y pintura.

Tres temas diferentes componen esta exposición: por un lado, dibujos de meticulosa y precisa realización, que demuestran el despliegue de una experiencia; por otro, unas realizaciones de técnica mixta en las que modificando un estilo ya tradicional en él el artista incorpora formas de un carácter entre visceral y onírico de una implacable presencia. Por otro, unas realizaciones de desnudos que por color, vocación poética y soltura de la expresión evocan dentro de otro lineamiento estilístico las obras de Modigliani, figuras airoas, unas veces de sólida firmeza, otras de nebulosa traza, que entran en la mejor continuidad de nuestra pintura poética.

Unos y otros, las formas puramente abstractas y los desnudos que se disuelven en deliberada abstracción, nos revelan cuál es la característica más fundamental y más firme de este excepcional artista; una reinterpretación del sueño, partiendo quizá de la convicción de que existe en el mundo en que vivimos una serie de realidades fantásticas, una tendencia dialéctica en las gentes y en las cosas, no sólo a evadir la realidad, sino a crear territorios lejanos de ella. En este sentido, la exposición de Francisco Hernández es el descubrimiento de una dimensión diferente, de una posibilidad de la pintura por emprender su propio sueño, porque en ocasiones la pintura no es ya una forma de soñar, sino una manera de crear y de explorar territorios inexistentes más fuerte y más constante que el mismo sueño.

Hernández penetra en este universo que él mismo crea con una mezcla detonante de candidez en la indagación y de perfección téc-